



La directora

## Luz Karime Santodomingo

Escritora y poeta. Autora del libro *Los hombres de K* (Sílabo, 2023). Es comunicadora social y periodista de la Universidad del Norte, con una maestría en Estudios Liberales de The New School. Docente del Departamento de Español de la Universidad del Norte; directora del Centro de Escritura ECO de esta misma institución entre 2020 y 2024. Su trabajo se centra en la escritura académica y la literatura con enfoque de género.



**DE PUERTAS PARA  
ADENTRO**



# DE PUERTAS PARA ADENTRO

Luz Karime Santodomingo  
directora

Jenny Acevedo Rincón	María de los Ángeles González
Sergio Álvarez Uribe	Yanuacelly Guariguata Birriel
María Alejandra Arias	Elianis Hurtado Polo
María José Anaya	Henar Lanza González
Angela Bailey	Jahir Lombana
Viviana Beleño Fontalvo	Edna Manotas Salcedo
Alana Farrah Roa	Manuel Moreno Slagter

**EDITORIAL**  
uninorte

De puertas para adentro / Luz Karime Santodomingo, directora ; Jenny Acevedo Rincón [y otros 13]. – Barranquilla, Colombia : Editorial Universidad del Norte, 2024.

97 páginas : ilustraciones, cuadros ; 21,5 cm.

Incluye referencias bibliográficas

ISBN 978-958-789-615-2 (PDF)

1. Trabajo en casa--Novela. 2. COVID-19 (Enfermedad). 3. Pedagogía--Aspectos sociales. 4. Educación para la paz I. Santodomingo Orozco, Luz Karime, directora. II. Acevedo Rincón, Jenny Patricia. III. Álvarez Uribe, Sergio. IV. Arias Callejas, María Alejandra. V. Anaya, María José. VI. Bailey, Angela Christine. VII. Beleño Fontalvo, Viviana. VIII. Farrah Roa, Alana. IX. González, María de los Ángeles. X. Guariguata Birriel, Yanuacelly. XI. Hurtado Polo, Elianis. XII. Lanza González, Henar. XIII. Lombana Coy, Jahir. XIV. Manotas Salcedo, Edna. XV. Moreno Slagter, Manuel. XVI. Tit.

(808.8393486 D278) (CO-BrUNB)



Vigilada Mineducación

[www.uninorte.edu.co](http://www.uninorte.edu.co)

Km 5, vía a Puerto Colombia, A.A. 1569

Área metropolitana de Barranquilla (Colombia)

© Universidad del Norte, 2024

Luz Karime Santodomingo, directora

*Coordinación editorial*

María Margarita Mendoza

*Asistencia editorial*

Fabían Buelvas

*Corrección de textos*

Henry Stein

*Diseño y diagramación*

Luz Miriam Giraldo Mejía

*Ilustración de portada*

Laura Viviana Ortiz

*Revisión arte final*

Munir Kharfan de los Reyes

Hecho en Colombia

*Made in Colombia*

© Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio reprográfico, fónico o informático, así como su transmisión por cualquier medio mecánico o electrónico, fotocopias, microfilm, *offset*, mimeográfico u otros sin autorización previa y escrita de los titulares del *copyright*. La violación de dichos derechos constituye un delito contra la propiedad intelectual.

## PRESENTACIÓN

**H**oy, que tienen este libro en sus manos, ya estamos afuera. Volvimos a la presencialidad, y con ella volvió todo lo que implica trabajar en el afuera: movernos, trasladarnos, subir y bajar escaleras, sentarnos en medio del tráfico, encontrarnos con la gente, conversar en los pasillos, almorzar con personas distintas a nuestro núcleo familiar; estar cansados.

El sentimiento más común ahora es cansancio, como si la quietud en la que estuvimos por casi dos años hubiera borrado de nuestra memoria corporal lo que significa ir de un lado para otro. Hoy,

todas esas actividades que en algún momento eran la vida misma nos parecen extrañas, ajenas, lejanas; porque por casi dos años la rutina, la vida diaria, consistía en vivir y trabajar en el mismo lugar. Para quienes vivimos solas(os) significaba estar en una profunda y absoluta soledad, el contacto con el otro era a través de pantallas, llamadas, mensajes y redes sociales; para otros implicaba tener que atender el hogar, hacer de profesora de primaria y trabajar, todo casi al mismo tiempo.

Hoy que ya se ha acabado la cuarentena por el covid 19, e incluso el uso del tapabocas ha dejado de ser obligatorio, solo nosotras(os) mismas(os) podemos saber cómo vivimos y padecemos esos días de encierro, días que, al recordarlos, parecen una masa homogénea difícil de dividir en días y meses. Cada experiencia fue única, pero, al escucharnos en los pasillos, podemos encontrarnos compartiendo sentimientos y emociones muy parecidas. Hablar de lo sucedido nos permite encontrarnos en la diferencia de padecer dolor, tristeza, encierro y esperanza.

Escuchar las experiencias de las personas que trabajan conmigo, la mayoría tan distintas a la mía, me llevó a pensar en esas historias que cada una vivió *de puertas para adentro*. Y así fue como decidí titular esta compilación de textos que recoge las experiencias de las personas que trabajamos en Uninorte. Una iniciativa del Centro de Escritura ECO, Ediciones Uninorte y la oficina de Bienestar Organizacional.



Aquí, queridas y queridos lectores, podrán encontrar historias de vida en cuarentena de docentes, directivas, secretarias y administrativos. Historias contadas de manera muy libre: algunas como cuento, como crónica, como reflexión de vida. Espero, con estos textos, que ustedes se sientan un poco menos solos(as), un poco menos tristes, y que nos veamos todos con un poco más de admiración. Si hay algo que me queda a mí después de leerlos, es que esta experiencia fue tremendamente difícil para todas(os), pero que aquí estamos, dispuestas(os) a seguir entregándolo todo a vivir.

Luz Karime Santodomingo  
*Barranquilla, 2022*



# EXPERIENCIAS DE ENSEÑANZA EN TIEMPOS DE PANDEMIA: NARRACIÓN DE UNA HISTORIA INACABADA

Jenny Patricia Acevedo-Rincón

**A**l iniciar este escrito pasan por mi mente varias escenas que reflejan momentos en el tiempo. Momentos de angustias, necesidades y ansiedad de llegar a quienes se encontraban del otro lado, de quien me oía y a veces me veía detrás de una pantalla. A pesar de todo, persiste el sentimiento de motivación transversal que constantemente me invitó a repensar mi labor como docente.

Cuando la pandemia se asumió como algo indefinido, y urgió la necesidad de transitar a las

clases “remotas”, lo primero que se me ocurrió fue pedir a los estudiantes sus correos electrónicos, y un número de celular con el que pudiera crear un grupo de *WhatsApp*, y enviar avisos de la clase. No obstante, me enfoqué mucho en el medio de comunicación y descuidé otros aspectos centrales de la clase, por lo cual surgieron varios interrogantes como: ¿qué herramientas voy a usar para que las clases no se tornen aburridas? ¿Cómo voy a desarrollar los contenidos? ¿Cómo distribuir los tiempos para preparar e impartir las clases remotas? ¿Cómo voy a evaluar?

Así, al intentar dar cuenta de las clases y su preparación, tuve varios desaciertos. El primero de ellos fue suponer que todos los estudiantes contaban con un computador personal con conexión a internet, o tal vez, que su conexión soportaba los 40 o 50 minutos de clase. Empero, mi peor error fue dar por sentado que mi internet y computador en casa me iban a permitir trabajar de forma adecuada, cuando en realidad funcionaban caprichosamente. A esto se le añadía el deficiente servicio de fluido eléctrico en la región. A veces era imposible el normal desarrollo de una clase. Siempre me aseguraba de tener cargado el celular para entrar en “plan de emergencia” y garantizar la continuidad de las clases.

Pensaba más en los estudiantes que en las propias dificultades que podría atravesar y que, de una u otra forma, generaron momentos de angus-

tia pero también de motivación al pensar que ganaba experiencia ante esta nueva situación. De hecho, en búsqueda de alternativas, pensé en grabar previamente la clase, a modo de anticiparme a las problemáticas, o en caso de que el computador no funcionara correctamente. También opté por complementar las clases con videotutoriales, algunos hechos por mí, y otros tomados de internet. Estos videos incluso servían como introducción a la clase mientras lograba conectarme.

Recuerdo que la última cosa que hice antes de salir de la oficina con todos mis materiales didácticos fue preguntar en el CEDU si había alguna capacitación para el uso de la herramienta *Blackboard Collaborate Ultra* (BBU). Esta sería la herramienta que se iba utilizar durante ese primer semestre. Me respondieron que ese mismo día habría una capacitación presencial para los docentes del área de Ciencias Básicas con clases magistrales. Fue en ese momento en que, sin ser invitada, asistí y me adelanté al uso de la herramienta esperando sentirme preparada. Sin embargo, algo que no se tuvo en cuenta fueron las condiciones del docente y detalles como, por ejemplo, los problemas de conectividad al emplear BBU y al mismo tiempo el software de matemáticas (GeoGebra). Las regulares condiciones de ergonomía, espacio físico y conectividad, sumadas a las responsabilidades propias en el hogar se entremezclaron en la nueva cotidianidad.

Como docentes de la universidad, contamos con dos semanas para adaptar la parcelación al ambiente virtual. Esto constituyó, por un lado, una ventaja en la medida en que otras universidades entraron en “virtualidad” tan solo una semana después, sin tener el privilegio de prepararse y reformular los cursos. Pero, por otro lado, llegué a estresarme mucho, ya que fuimos bombardeados de información, sin mencionar los mensajes que colapsaron los grupos de WhatsApp. Por un lado, por las preguntas de los estudiantes ante la incertidumbre que conllevaba el inicio de una nueva etapa, y de otro lado, con los chats de colegas haciendo preguntas sobre las herramientas, horarios de formación, datos de evolución de la pandemia, entre muchas otras dudas.

Mensajes iban y venían. Por mi parte, tranquilizando a los estudiantes, aunque por dentro estuviera llena de angustia. Por parte de mis jefes, tranquilizándome. Aunque imagino que atravesaban las mismas preocupaciones. De modo que todos vivíamos algún tipo de estrés generado por la incertidumbre.

Ahora bien, para este punto es prudente destacar mi preocupación por la diversidad de estudiantes que caracterizaban mis cursos, en particular los estudiantes autistas, los que tenían problemas de aprendizaje y aquellos que poco se comunicaban en aquel semestre. En el poco tiempo que tuvimos

de presencialidad, apenas pude conocerlos e identificar algunas formas de aprender. Y, de repente, me encontraba pensando en ellos, y en cuánto les afectaría esta modalidad. Llega a mi mente uno de los estudiantes autistas que angustiado me llamaba continuamente, sin importarle que estuviera en reunión o en clase. El teléfono timbraba y era él. Siempre irrumpía dentro y fuera de clase. Tuve que comenzar a limitar la comunicación a la escrita en el grupo de *Whatsapp*. Y posteriormente, a horarios estrictos o a citas en horario de atención a estudiantes. La ansiedad permanecía latente.

Al tiempo que transcurrían las clases, el insomnio fue ganando espacio en mi horario. El tiempo fácilmente se diluía en las tareas del cotidiano. Sin embargo, a partir de las experiencias con mis estudiantes y las herramientas utilizadas en clases, vi una oportunidad para compartir mi trabajo con otros profesores. Y fue así que añadí una y otra tarea más a lo que hacía. Comencé por sistematizar la información que recogía de mis prácticas, pasé a participar activamente de todos los congresos que aparecieron en ocasión de la virtualidad, y también de charlas que invitaban a incorporar recursos. Hacia el mes de mayo, me lancé a realizar un *webinar de uso de recursos tecnológicos en la enseñanza de las matemáticas*, en el marco de la feria de posgrados del Departamento de Educación. La meta de asistencia se cumplió, algo que nunca antes había sucedido

en el área de matemáticas. Fue uno de los primeros en realizarse en el área, pensado con el fin de ayudar a otros docentes en la identificación y selección de herramientas para dinamizar sus clases. A parte de ese *webinar*, a lo largo del año, fui invitada a participar de otras conferencias en los temas de Educación Matemática Inclusiva, Educación Matemática y enseñanza de la Geometría a nivel universitario.

Como balance de ese primer semestre recibí varias sugerencias por parte de los estudiantes, y un llamado a la reflexión de mis prácticas por parte de mis jefes, que de alguna manera opacaron todo el esfuerzo invertido en ese tiempo. Hubo comentarios sobre la voz “robotizada” que escucharon durante las clases, y que no contaba con un computador adecuado para conexión sincrónica. Además, decían que dejaba muchas tareas. Y fue justo por estos comentarios que pude identificar alternativas de mejora en mi trabajo. Fue una lástima que en aquel entonces no se aplicara el acostumbrado Diagnóstico Rápido de Curso (QCD) del CEDU, para tomar medidas a tiempo. Al analizarlos me di cuenta de que, aunque yo pensaba que dejando tareas para casa podría lograr los resultados de aprendizaje, finalmente lo que obtuve fue el agotamiento de los estudiantes —y el mío al revisar— pues no era la única que dejaba tareas. Y por un momento, poniéndome en sus lugares, pensé que el día no les alcanzaba para alejarse de las panta-



llas para descansar o por lo menos participar de las rutinas familiares. Ahora considero que el dejar tareas de casa se presta para que aquellos estudiantes que no alcanzan a realizarlas elijan el camino de encontrar un tercero que la haga, y de aprendizajes, no puedo garantizar nada allí.

El semestre finalizó con un nivel de agotamiento muy alto, e incluso con problemas de salud. Por lo que me propuse iniciar uno nuevo mejorando las prácticas del anterior. Ahora con otro curso asignado dentro del programa de Pedagogía Infantil. Tuve una buena experiencia. Sin embargo, fue casi hasta mitad del semestre que logré cautivar la atención de las estudiantes del nuevo curso. Fueron momentos tensionantes donde recibía casi dos horas de silencio colectivo por parte del grupo, lo que me dejaba con una gran frustración los días martes. Finalmente, llegaba la incómoda pregunta: ¿qué más puedo hacer para entablar diálogo con ellos? Fue allí cuando invité a una colega de Brasil, con quien desarrollamos un proyecto conjunto sobre bebés y, de esta manera, abrí el campo hacia el conocimiento de los temas tratados en clase pero en otras culturas de Latinoamérica. Ahora hago de mi clase un escenario de prácticas colaborativas con profesoras de universidades con las que tenemos convenio con Brasil, y otros invitados de Chile y Guatemala. Bajo la estrategia de aulas interconectadas mis estudiantes pueden interactuar con otros

de su mismo semestre y conocer otra cultura a través de la virtualidad. Esta estrategia permitió motivar en ellos otra forma de ver las prácticas profesionales, como fue destacado de manera positiva en el reciente QCD.

Ha sido un año de muchos cambios. Cambios en el uso de recursos tecnológicos, la velocidad en la conexión de internet, las propias prácticas de clase; y hasta un nuevo escritorio y silla tengo, pues no hay nada mejor que estar cómodo para iniciar la jornada de trabajo. También trato de mantener la atención de los estudiantes cada nuevo semestre incorporando en mis prácticas el hecho de llegar al mismo punto por diferentes caminos. Bajo esta mirada, puedo reformular la manera en que preparo mis clases y la forma de presentar la información a los estudiantes. Asimismo, reformulo los medios en los que pueden acceder a los recursos y evidenciar lo aprendido. En pocas palabras, incorporar los principios del Diseño Universal de Aprendizaje (DUA). Para esto, ha sido fundamental considerar la atención a la diversidad al interior de mis clases. Me di cuenta de que puedo ir más allá de la típica ejercitación o del uso de herramientas de selección múltiple para evaluar. Por ejemplo, puedo hacerlo por medio de construcciones y elaboración de videos cortos (tutorial), donde los estudiantes describen lo aprendido a partir de sus argumentos que dejan ver qué tanto dominio tienen sobre un conte-

nido específico. Para este tipo de actividades, no me es suficiente un examen plano, sino una video-explicación de algún ejercicio o argumentación sobre alguna afirmación. Asimismo, puedo motivar a los estudiantes a realizar trabajos en casa, siempre y cuando quieran acceder a *bonus* de trabajo extra, lo que implica motivarlos al compromiso con el aprendizaje. Si bien es cierto que los contenidos son los mismos, podemos reconocer que las formas de evidenciar que fueron aprendidos pueden ser variadas en formato y contenido, sin dejar de lado que todos deben responder al mismo objetivo de aprendizaje.

A la fecha, el flujo de información no cambia. Solo se naturaliza el hecho de recibir cotidianamente un sinnúmero de mensajes — que a veces ni miro, pues de alguna manera se alejan de mi propósito académico de participación en los “mil y un grupos” en que me han agregado—. En consecuencia, trato de enviar la mínima información, para que no sientan esa fatiga que yo siento al recibir gran cantidad de información.

Actualmente, hago las clases desde mi apartamento en Bucaramanga. Gracias a la virtualidad y a los beneficios de la Universidad a través del programa Empresa Familiarmente Responsable (EFR), puedo estar cerca de mi familia y trabajar con mayor motivación que la que tuve durante el año anterior. Aunque es inevitable escuchar a los señores que pasan bajo el rayo del sol ofreciendo sus productos.

Ya hoy en día, el señor de los churros, del aguacate, o del pescado participan de mis clases, aunque no estén matriculados —yendo contra las normas fijadas en el Reglamento Estudiantil—. Hoy, un año después del inicio de la pandemia, puedo decir que todas estas experiencias me ayudan a reflexionar sobre la docente que era en la presencialidad y la comparo con la que se constituyó en las actuales circunstancias de virtualidad. Hoy miro atrás y veo este año de pandemia como una película llena de altibajos y *spin-offs* de cada momento: la narración de una historia inacabada que no vieron los espectadores.

Finalmente, este ejercicio me permitió llegar a nuevas reflexiones sobre mi quehacer pedagógico. Definitivamente, las prácticas planas, con las mismas características, hacen pensar que se está haciendo todo bien, y me llevan a una zona de *confort*. En contraste, la dinámica del mundo y la actividad de los estudiantes deberían motivar nuevas formas de llegar a ellos con el conocimiento. A pesar de que la parcelación se mantenga igual, nunca tendremos los mismos estudiantes en un mismo espacio académico. Finalmente, puedo reconocer que en situaciones retadoras, la creatividad y recursividad del docente con sello Uninorte debe permitir superar rápidamente adversidades, pues contamos con un equipo que respalda nuestras propuestas de mejora en el aula.

## CAMAJORÚ

Sergio Álvarez Uribe

**R**espira el planeta, el aire cambia de temperatura, se mueve y se vuelve viento. El polvo de arena del Sahara viaja a 250 kilómetros por hora hasta el Amazonas.

Los árboles nos movemos con el aire que ahora es brisa. Aquí en la universidad. Ahora sin gente. Aunque no nos estén viendo, nos movemos. Traqueamos. Respiramos por unas boquitas que tenemos en las hojas. Son como un montón de flotadores juntos. Más de cien por milímetro cuadrado.

Hemos estado aquí hace rato. Los trupillos, los higuerones, los matarratones. Mucho antes de que

se contara el kilómetro 5 donde queda la universidad. Incluso antes de que hubiera universidades y que gente como Thomas Crowther contara los 3.1 billones de árboles del planeta. Mucho antes de que tuviéramos nombre.

A mí me gusta que me digan Camajorú.

Desde un edificio cerca de la calle 84 se ven los semáforos, no detienen a nadie y no le dan paso a nadie. A 4 kilómetros de la universidad una de mis hojas es un té para el insomnio. Y el sueño no le llega. No entiendo su necesidad de dormir, yo que siempre he estado despierto. La misma brisa que me mueve llega hasta su cara. En su balcón, piso 9, inhala el 21 % de oxígeno del aire. Pasa de sus pulmones a la sangre y circula por todo su cuerpo. Sus células respiran.

Su respiración se acelera a 50 por minuto. No alcanza a comprender cómo es que tanta gente ha dejado de respirar este año.

Antes de que cerraran la universidad el 24 de marzo de 2020 se llevó una de mis hojas. La molió en pedacitos bien finitos, como el polvo de arena del Sahara que no ha visto, y la guardó. Hoy, echó una cucharada pequeña en una bolsita de lino y la amarró. Luego la metió en agua hirviendo en una taza y vio cómo cambiaba de color. Esperó dos minutos, fue al balcón y le dio un sorbito mezclado con aire para no quemarse la lengua.

Trabajó un rato más. Se lavó otra vez las manos con el jabón que hicieron con mi aceite. Se sintió

cansado. Calificó textos escritos por estudiantes sobre la tensión que hay entre la ciencia, la sociedad y el respeto por la evidencia.  $0.625 + 0.625$  da exactamente 1.25 ¿qué significará eso? Me enteré de que los números exactos son casi imposibles para el cerebro humano. Pero todo el mundo quiere números exactos. ¿Cuántos muertos van?, ¿cuántas personas se contagiaron ayer?, ¿cuántas se recuperaron?, ¿cuánto virus hay en una respiración asintomática?

Se hizo de noche y no se dio cuenta. Ahora no se puede dormir. En la cama, con los ojos pegados a una pantalla, busca una rutina de meditación para que venga el sueño que no entiendo.

“Siente el peso de tu cuerpo. Pon las palmas de tus manos hacia arriba como si estuvieras cargando el aire. Repasa el día hasta este momento. Todo lo que hiciste te trajo hasta aquí. El universo es este instante. Deja que las preocupaciones se transformen en este instante. Tu única responsabilidad es no controlar nada. Respira despacio y siente cómo el tiempo se diluye. El espacio es este instante. Quítale a tus piernas el permiso de moverse. Acompaña cada respiración. Sigue el aire y nota cómo entra por tu nariz y viaja hasta tus pulmones. Pon tu mano derecha encima de la boca del estómago y siente cómo se hincha tu abdomen. Aguanta la respiración un poco y no cuentes los segundos. Uno, dos...”





## CUANDO LA DISTOPÍA TOCÓ A MI PUERTA

María Alejandra Arias

Cuando la distopía tocó a mi puerta, no estaba preparada. Mi rutina, ir a trabajar, dictar clases, hablar con mis compañeros de trabajo y amigos, reuniones, lo *normal*, de pronto, desapareció. Siempre pensé que la vida era como un devenir de hábitos, un ciclo repetitivo que se rompe de vez en cuando, pero que en general se mantiene.

Un día, de repente, ese ciclo se frenó. Se frenó la rutina. Se frenó la vida. O bueno, así lo sentí. Y las preguntas se agolparon: ¿volveré a ver a mis padres?, ¿sobreviviremos a esta situación?, ¿qué

futuro le espera a mi hijo?, ¿podré seguir dictando clases?, ¿de qué vamos a vivir?, y un largo etcétera. Detrás de las preguntas, aparecieron los sentimientos: miedo, incertidumbre, angustia, soledad, desazón, entre otros. El dormir no era sencillo después de ver el noticiero de las 8 de la noche. Enterarme de que en Italia se morían de 600 a 900 personas por día, y la cifra iba en aumento; de que la gente no podía acompañar a sus seres queridos a clínicas o cementerios; de que las personas pedían auxilio a los gobiernos, pero estos no hacían mucho, no era fácil de digerir. Tuve que dejar de “conectarme” a la realidad y buscar la evasión en series y películas.

Cuando la distopía tocó a mi puerta, no la vi venir, pero tuve que darle cabida en mi hogar. La oficina, los salones de clase, mi trabajo, el colegio de mi hijo, estudiantes, profesores, invadieron mi espacio personal. Pero no me preocupé mucho porque todo sería pasajero. ¡Vaya ironía!

Es curioso, desde pequeña me ha gustado leer: cuentos de miedo, de detectives, de aventuras, de ciencia ficción, todo lo que cayera en mis manos. Y cada vez que me adentraba en las páginas de autores como Edgar Allan Poe, Julio Verne o Sir Arthur Conan Doyle, me preguntaba qué se sentiría hacer parte de estas historias; qué pasaría si yo fuera uno de esos personajes, ¿actuaría igual?, ¿diría las mismas palabras?, ¿solucionaría de manera similar los conflictos planteados?, en fin, las preguntas típicas de un lector cualquiera. No sabía a esa edad

que, en esta vida, tendría la oportunidad de ser parte de otro evento que marcaría la historia de la humanidad.

Recuerdo cuando nos dijeron que teníamos que quedarnos en casa y no salir, salvo extrema necesidad. Pensé: *estoy en una novela de ciencia ficción, ¿cuándo aparecerán los zombis? ¿Se va a acabar el mundo? ¿Se estaría haciendo realidad la película 28 Days Later (2002)?*

Y, de la nada, la palabra pandemia se volvió tendencia. Llegué a detestar la palabrita. Abría el periódico: *pandemia*. En la radio: *pandemia*. En la TV: *pandemia*. ¡PANDEMIA, PANDEMIA, PANDEMIA! ¡¡¡NOS VAMOS A MORIR TODOS!!! Mi lado apocalíptico se regodeó en la negatividad y en el pesimismo.

Cuando la distopía tocó a mi puerta, necesité de toda mi creatividad para reconciliar espacios: hacer el almuerzo y corregir trabajos; asear mi apartamento y explicar las tareas de matemáticas a mi hijo; participar en reuniones académicas y sacar a mi perro; colgar la ropa y atender estudiantes. El primer semestre del 2020 no fue fácil. Pero ya todo iba a pasar. El segundo semestre sería normal.

No. Tampoco.

A lo largo del 2020 y 2021, sin darme cuenta, asumí que la pandemia, perdón, la distopía, era lo *normal*, que lo anormal era hacer lo que acostumbraba antes y descubrí que, ¡oh, sorpresa!, me

gustaba. Era feliz en mi casa, con mi estudio como salón/oficina. Me acostumbré a sentarme a trabajar a las 7:30 (después de dejar a mi hijo en el colegio [su habitación]), levantarme para darle almuerzo y seguir trabajando hasta las 10 de la noche. Esa fue mi rutina por casi dos años. Descubrí que los seres humanos nos adaptamos a las circunstancias. Una vez, un amigo biólogo me dijo que la traducción de Darwin a su famosa frase, “la supervivencia del más apto”, no era correcta, pues debería ser: “la supervivencia del más *flexible*”. Desconozco si esto es verdad o no, pero en mi caso cobró una relevancia absoluta: si quería sobrevivir a la distopía, tenía que ser flexible, debía asumir la situación y vivir un día a la vez, sin hacer planes a mediano o largo plazo. De esta forma he resistido.

Cuando la pandemia tocó a mi puerta, no estaba preparada para ser la mamá de un niño con TDAH, una condición que tienen muchos niños, y que con deporte, caminatas, salidas al aire libre, se logra sobrellevar. Pero estábamos encerrados. Mi hijo es hiperactivo e impetuoso y esto hace que no mida correctamente sus impulsos. No me imaginé estar dictando una clase, mientras él, sin percatarse del nivel de su voz, pedía insistentemente a la profesora que le preguntara a él o que le dejara trabajar con este o aquel compañero o que le pidiera a alguien hacer equipo de trabajo, sin darse cuenta de que yo necesitaba silencio. Mi orden, mi rutina, mi

control, se vieron interrumpidos por un niño de, en ese entonces, 8 años que sabía poco de autocontrol. No solo la distopía tocaba a mi puerta, el apocalipsis se sentaba en mi sala y, mirándome a los ojos, me preguntaba, ¿ahora, qué vas a hacer?

No fue fácil. Fue una época de aprendizaje. Aprendí a entender a mi hijo, a disfrutar de su compañía y a asumir su condición. Por ello, se lo presentaba a todos mis estudiantes, advirtiéndoles que el jovencito en cuestión interrumpiría la clase por cualquier motivo. De ahí que al final todos lo conocieran y hasta le ayudaran en algunas tareas del colegio que requerían la aplicación de encuestas, por ejemplo. Nos fuimos acostumbrando a sus gritos de emoción y frustración, y aprendí que no era algo para ocultar o sentir vergüenza, todo lo contrario. Me permitió entender que los niños con esta condición viven su vida de manera diferente, y que diferente no es malo, es simplemente, distinto. Y cuando pude comprender esto desde el corazón, el apocalipsis sentado en mi sala, salió volando por la ventana para no regresar.

Nunca pensé que la distopía haría que compartiera Navidad con mi familia por teleconferencia, pero se hizo y lo disfrutamos, así como celebraciones de aniversarios y cumpleaños. Me volví receptiva ante esta situación y me adapté. Me di cuenta de que la distopía no solo había llamado a mi puerta, sino que en algunos casos, cual lobo feroz, había

entrado intempestivamente en muchas vidas para transformarlas profundamente.

Fui testigo de la muerte de muchos familiares (padres, madres, abuelos, tíos, hermanos, etc.) de mis estudiantes, compañeros y amigos. Y, aunque los acompañé en su dolor sinceramente, también agradecí que mi familia estuviera bien. No fueron momentos bonitos, pero los atesoro porque me conmovieron profundamente y me dieron profundas lecciones de vida.

Poco a poco estamos retornando a lo que teníamos antes, pero, la verdad, ni es lo que teníamos antes ni es la normalidad añorada. Vivimos un cambio profundo que nos ha dejado marcados; ya no somos los mismos. Yo me di cuenta de que la vida no es para vivirla en un ciclo eterno, repetitivo y monótono porque no la tenemos asegurada. Las lecciones que dejó este tiempo de encierro, de aislamiento, de distanciamiento son muchas, y cada persona las vivirá de maneras distintas. Lo que sí es cierto es que, cuando miremos atrás, tendremos mucho qué decir de esa época en la que la distopía tocó a nuestras puertas.

## AGRADECIMIENTO INCÓMODO

María José Anaya Taboada

Justamente ayer estaba pensando en cómo los días se han ido aplanando con el paso del tiempo. Ya los lunes no se sienten tan lunes, ya los jueves no se sienten con esa emoción de que está cerca el fin de semana. Es como si los días se estuvieran achatando, aplanando y volviendo solamente días, ya no son lunes ni martes ni miércoles, ni siquiera el domingo se siente tan domingo como antes. Creo que los días se han ido adomingando todos, hasta la pinta dominguera ha perdido su razón de ser.

Me gusta mi trabajo pero creo que eso no excluye este tono desde el que escribo y desde el que

trabajo y desde el que cocino y desde el que le doy comida a mi perra y desde el que la peino para que no se le hagan nudos. También están mis matas, compré dos para darle vida a mi casa y que la gente cuando viniera me dijera lo lindas que se ven, pero nadie me visita ya, si acaso ocasionalmente alguna amiga.

Sé que estoy sonando un poco depresiva, lo siento. No estoy diciendo que sea mentira, solo que lamento también ponerte este peso a ti que me estás leyendo. Había algo en ir a la universidad que me encantaba, quizás la brisa al subir al K y llegar despeinada hasta el ascensor, mirar mi reflejo en el techo e ir peinándome hasta llegar al 5to piso. Esa era mi rutina de belleza todos los días. Había algo especial en saludar a cada persona que veía, sonreírle a cada guardia, a cada persona conocida en los siete minutos que me demoraba en llegar desde la puerta siete hasta mi puesto en la oficina. Algunos días extraño más que otros esa sensación de socializar accidentalmente con tantas personas todas las mañanas antes de 8 a.m.

Yo soy de esas personas afortunadas que, hasta el momento, la pandemia no le ha quitado a un ser querido. Esto es algo que, cada vez que reniego de la vida en el encierro, me hace tocar la realidad y siento que de nuevo toco el piso con los pies descalzos. No sé si me pasa solo a mí pero es una sensación de agradecimiento incómoda, siento que



debería estar agradecida, y lo estoy, pero al mismo tiempo estoy frustrada y aburrida. Creo que todo lo anterior que escribí lo hice para poder encontrar esta palabra: aburrida. Trabajar desde casa no está mal, de hecho ahora tengo mucho más tiempo para mí y mis cosas: he podido ahorrar, me mudé sola, he comprado cojines, manteles, he probado 8.473.243 nuevos productos para el cabello y la piel. Pero estoy profundamente aburrida.

Es un aburrimiento sin igual, me acompaña en cada cosa. Hago ejercicio aburrida, me baño aburrida, trapeo aburrida, pago los recibos aburrida, le echo agua a las matas aburrida. También trabajo aburrida, pero trabajo. Yo siento que mi jefe hace mucho para mantenernos motivados(as), pues en nuestras reuniones diarias por Zoom no solo hablamos de trabajo sino de nuestros chismes y noticias de actualidad, nos molestamos entre nosotros(as) y nos burlamos de algunas tonterías que hacemos (yo no sé si él sabe, pero su intento por mantenerse cerca funciona). Sin embargo, esto es algo que trasciende a mi jefe y sus esfuerzos, es esta sensación de aburrimiento que incluso ya me alcanzó mientras escribo este texto.

Ya siento que debería dejar de escribir porque da igual si sigo escribiendo o no. Sin embargo, aquí estoy todavía porque sé que la sensación que espero tener solo va a llegar al terminar, dejarlo por la mitad me haría cómplice de ese aburrimiento del que tanto huyo, pero que es el único que me visita y espero disfrute mis matas.

Sería interesante poder conocer cómo se sienten otras personas, lo bueno que ha sido para ellos el estar en casa, lo mucho que han podido amar la vida y lo agradecidos(as) que están. Quisiera leerlos y poder disfrutar de eso también, genuinamente. No quedarme solo con esta sensación de que agradezco para no ser desagradecida habiendo gente pasándola peor. Quiero que sepan que yo también tengo días felices y soy un ser de luz, *vibrando alto, manifestando*, pero todo eso viene después del aburrimiento. A veces creo que me aburro de estar aburrida y entonces hago otra cosa.

## THE ONSET

Angela Bailey

*“Sundown syndrome is a term used to describe a group of symptoms exhibited by dementia patients. The timing ... of the onset typically begins later in the afternoon and can last well into the night.” (Sollitto, 2021, para. 2-3)*

In 2017, my mother underwent a below-the-knee amputation of her left leg because of her diabetes. Since then, she has managed her life in one sense, but it has deteriorated slowly in another. In the beginning, my mother was capable of taking her medicines. Then, she was taking thirteen different pills, she was capable of taking her blood pressure

and blood sugar levels, and she could still manage her finances and have a conversation. What limited her and the rest of my family was not the disease or the amputation but the fact that they chose not to do much more than wait for the science.

Covid-19 impacted the world in the spring of 2020. Travel plans were postponed, and many people were locked into their homes for weeks if not months. I was not able to travel until December of 2020. Once I arrived, we noticed a tremendous decrease in her cognitive abilities, mostly memory, and her ability to take care of herself. The critical determining factor was watching her battle the repetitive task of taking her blood pressure. She was convinced that it wasn't working.

"It isn't working," she snapped while trying to place the cable of the arm cuff into her nose.

"Let me help you," I said as I reached over the table to grab the cable.

"NO," pulling herself back and gritting her teeth, "Who the hell do you think you are? I can do this!"

"OK, do it!" I remarked, trying not to overreact.

As I watched, she grew more impatient. "Some nurse you are. Standing there and laughing at me!"

Before my return to campus in January of 2021, I had promised I would get back as soon as possible because it was noticeable that she was losing control of her physical self, and her mental state was

declining rapidly. Before I could arrange things, I received a desperate email: I NEED YOU!!

I managed to get home in the middle of February, sometime recently after Carnaval or what would have been Carnaval in Barranquilla. My mother needed two-person transfers to the toilet. We were doing the work, and she was assisting not because of safety but because she could not connect what was happening to the physical movement she needed to do to achieve the task.

“OK, Sandra,” my father would start the routine. “Grab the bar with your left hand. With the other arm, grab my arm tightly. Now, stand up with your leg and swivel.” This routine could happen 3 to 5 times in any transfer to the toilet, not to mention the return dialogue. While I managed the underwear, my dad lifted and twisted her on and off the toilet. She was unable to process the procedure nor provide any assistance.

The routine went on for months. By summer, I had already returned to Barranquilla and went back to California for the second time. Nothing is worse than 24-hour travel timeframes while knowing precisely the scenario one is heading into. The most challenging part is trying to work while taking care of an ailing relative, nonetheless, a parent.

Before I headed home, my sister, who lives in California and is not as capable physically as I am to help my mother, asked me to clip my mother’s

nails, wash her hair, and ensure her mother was OK. Even though they had paid someone to assist my mother at night during my absence, my mother is very selective about who she lets near. In fact, I had come to find that my mother was incontinent, had larger diabetic sores on her right leg, was completely dirty, and was at the point of a complete loss of dignity. She cannot do anything long-term; she has very little, if any, short-term memory; she can recognize people she knew from the past; she can identify where she is; her go-to salutation is "Hey, Babe! How are you doing?" My mother is currently in Stage 4 kidney failure; she still battles diabetes and has been unofficially diagnosed with dementia, making her consistently erratic and fearful.

Time at home was a consistent disruption. If she found herself alone in the room, the scenario would become like that of a child or even an animal that would react every time you left the room. They would notice you were gone and would start crying or moaning.

"Hello!!! I am all alone. Why does everyone always leave me by myself?" she would say under her breath and crying. "No one ever helps me. What did I do?"

So, I would go back and sit next to her. This happened EVERY DAY. Every day, she would start in one space, and we would be in an area very near. We had already established months prior that my

mother had no idea what was happening to her mentally or physically. Still, by the end, she needed much more care than any of us could feasibly give in any combination. She needed a facility.

I am very appreciative that my mother has a husband who is willing to sacrifice his life for hers, and I am thankful she has retirement funds to assist with the payments. That makes a huge difference. However, what is disturbing is noticing how we keep trying to make whatever happens to others fit into our narrative. And dying parents do not fit into our narrative. In my case, even my mother is not sure what the narrative is. The COVID-19 pandemic and its restrictions and chaos gave me an unforeseen and bittersweet luxury. The new narratives are the underlying stories behind closed doors, those conditions that were neither Covid friendly nor were Covid privy. My mother's amputation shows that modern science is beyond our ideas of how anyone will die. She lives in a constant depression; she lives in fear and confusion. She was given multiple chances to continue living, but time eventually got the upper hand on science. I had always imagined my mother dying from her drinking or diabetes, but now she has become a time-worn shell without a soul. Her body is still alive, her brain is still trying to figure things out, and what am I supposed to do with that?

---

**Postscript:** Sandra Lee Freeburger, born April 5, 1949, peacefully passed away on Saturday, January 13, 2024, at 1:08 am.





## UN MUNDO DESCONOCIDO

Viviana Beleño Fontalvo

Los primeros días de cuarentena fueron una mezcla extraña de sentimientos, preguntas sin responder e incertidumbre; los días y noches eran interminables, el caos reinaba en mi cabeza. Hablar con mis padres a diario se volvió parte del consuelo ante esa lejanía tan cercana, intentando suplir nuestros fines de semana juntos, donde toda la familia se reunía. Con el tiempo el día a día se volvió todo un proceso de reaprender la vida.

En ese nuevo aprendizaje, aparece una realidad que estaba frente a mí, pero que jamás vi: comencé a vivir de verdad la rutina del hogar en ho-

ras que por casi 19 años había estado fuera de casa, trabajando y estudiando sin parar. A medida que me iba involucrando en el proceso académico de mi hija, me di cuenta de que me perdí no solo su primera palabra escrita, sino también sus primeros pasos, su llanto el día que un niño sin querer pisó uno de sus deditos en el jardín infantil y que, aunque su profesora me llamó a contarme y le hablé a mi niña para que se calmara, fue su papá y mi mamá quienes estuvieron ahí para abrazarla y consolarla. La lista sigue, la lista de momentos que no pude disfrutar es larga, sin embargo, y de la forma más tenebrosa posible, me daba la oportunidad de crear momentos, de volver a empezar.

Empecé a disfrutar ver el sol desde la sala trabajando en el comedor, desde la ventana del cuarto donde pude acomodar el escritorio, desde el cuarto de mi hija cuando, en la tarde, necesitaba de mi orientación para sus tareas. La casa completa se volvió una oficina, un colegio. Nunca pensé terminar una reunión en la cocina, cuando esta se extendía más allá del mediodía. Aprendí a disfrutar un cumpleaños, un baby shower a través de la pantalla, se reafirmaron los amigos, se reafirmaron sentimientos. Aprendí a reír cuando hablaba con el micrófono cerrado de mis mejores ideas y las veces que hablé con el micrófono abierto cuando debía callar, cuando no tenía idea de lo que hacía porque mucha de esa nueva tecnología no era lo mío, pero

recordaba la frase célebre de mi jefe: “poner cara de inteligente”, y con la mejor actitud seguía.

Cada día se ha convertido en cambiar el chip, entre miles de “mami, mami, mami”, contestar correos, usar pausas activas para poner el ciclo de la lavadora, esperar el mediodía para abrir la ropa; entre creer volverte loca y al final del día decir “lo logré”, destruida, despelucada, desaliñada, pero se pudo. Por momentos he querido salir corriendo, sentía que necesitaba volver a la universidad, tenía miedo de perder mi trabajo, me caí, el suelo quedó pequeño, caí más allá. Me pellizqué y decidí renacer.

Poco a poco se fue encontrando el equilibrio entre la casa y el trabajo, los propósitos del día se iban cumpliendo y mi esposo e hija se iban acostumbrando a que estuviera en casa, no era raro tropezarnos en la escalera. Se volvió el mejor momento almorzar juntos, ver películas, hacer picnic en la sala, guerra de globos en el patio, bañarnos bajo la lluvia, hacer manualidades, bajar el colchón a la sala para hacer piruetas, convertir cajas en una falsa encomienda con mi hija dentro, para imaginarnos que la enviábamos a casa de la abu para darle una sorpresa. Cuantos momentos para atesorar, momentos que quedarán por siempre en nuestra memoria y en nuestro corazón.

Y así iban todos los días mejorando, las angustias y miedos se fueron transformando en fe, en esperanzas y cuidados, en hacer lo que se debía

hacer para mantenernos a salvo. Nunca pensé que todo cambiaría de un momento a otro y las mejores fechas de la vida nos guardaban la peor de las pesadillas. Diciembre. La covid tocaba mi puerta y se robó de mi padre hasta el último suspiro de vida, dejando en la familia un dolor indescifrable, un sentimiento de impotencia que sobrepasó todo sentimiento de frustración. Era trabajar en medio de la incertidumbre, era mirar el techo a la espera de noticias que cada día eran menos alentadoras, pero gracias a mi Dios, en medio de todo ese momento terrible, su amor llenó nuestra casa de esperanza, de confianza al vivir el día a día en su voluntad, llenando nuestro entorno de ángeles, mismos que llegaron de distintas formas y que abrieron las puertas de su vida y su corazón para tendernos su mano.

De las puertas hacia afuera la incertidumbre se apoderaba de mí, de las puertas para adentro Dios continuaba haciendo su obra y mostraba cómo, a lo largo de todo este tiempo, fue creando momentos únicos y espacios perfectos que quedarían por siempre grabados en nuestros corazones. Perder a mi padre ha sido la experiencia más dura, pero, a la vez, la más enriquecedora. Me permitió conocer entre las cuatro paredes de mi cuarto la fortaleza del amor, sentir la verdadera presencia de Dios, me dio milagros que solo pude entender una vez mi papá ya no estaba y de los que por siempre estaré agradecida con el padre celestial, con la vida.

De las puertas para adentro, ha sido una aventura, una montaña rusa de emociones, donde unos días se ríe, donde otros días se llora, donde aprendes, donde te caes, te levantas, donde sueltas y al final puedes decir que en ese mundo al cerrar la puerta, la vida ha sido enriquecedora.

Definitivamente no soy la misma persona que salió de Uninorte el 17 de marzo de 2020, con la esperanza de volver 15 días después. Hoy puedo decir que la cuarentena sacó mis peores miedos para convertirlos en mis mayores fortalezas, puedo decir con orgullo que Uninorte me ha dado mis mejores aprendizajes. Definitivamente la que entró un 23 de septiembre de 2001 no es la misma que hoy, aún en medio del caos del mundo, no tiene miedo de ir por sus sueños, a la que hoy más que nunca el corazón se le crece y dice “Gracias, Dios”, “Gracias, papá”, “Gracias, Uninorte”.

*Dedicado a la memoria de mi amado padre, que desde el cielo me mira con orgullo.*



## PANTALLAS

Alana Farrah Roa

*F*rente a la pantalla ha sido mi estado en whatsapp y otras redes sociales desde hace poco más de una década (¿es whatsapp una red social o un servicio de mensajería?, busco en google). Ahora todos estamos frente a ellas, para trabajar, estudiar, distraernos o descansar.

Un par de semanas después de empezar el confinamiento, iniciaba justo el corte de oralidad y la gran dificultad a la que nos enfrentábamos era a la realidad de no poder ver las caras, los gestos, los indicios de comunicación que damos cuando no usamos las palabras. Y ahí estaba, el temor a encender

la cámara, la neurosis de diferenciar un video de tik tok que se hace sin mayor preocupación de una participación frente a todos. Espío a mis exalumnos de la carrera de comunicación en twitter, todos van consignando sus angustias ante el requerimiento de encender la cámara por parte de los profesores: no quieren, no les motiva, les asusta y les aburre. No saben qué hacer, cómo seguir, para qué seguir. El mundo ahora es un gran estudio de televisión, pienso, más de lo que ya era; deberían estar felices de poner en práctica aquello que han aprendido. Me decepcionan y me desmotivan. Deseo que comprendan que para no perder la conexión hay que escuchar y ver al otro. Pero trato de entenderlos, me concentro en mis alumnos actuales, fantaseo con la idea de que ellos no escriben esas mismas cosas en sus redes sociales. La evidencia me llega por otros lados: las niñas que tenemos en casa a veces toman clase acostadas, sin anotar media línea sobre lo que están escuchando, pasando verdaderos sofocos cuando les piden encender siquiera el micrófono para participar. Decido que quiero ser la profesora que les exigió, pero que no les atormentó. Luego, pienso que eso es muy difícil de hacer, porque yo misma siento, cada vez que apago la pantalla, un cansancio tan inmenso como el de haber salido del aire después de una emisión diaria de un programa televisivo.

Explico una y otra vez a los estudiantes, y a los asistentes de mis talleres de oralidad, que la cone-



xión visual es importante, demuestra respeto, empatía, compañía, y prepara el terreno para conseguir el gran propósito de la comunicación, que no es otro que el del entendimiento mutuo. Algunos ceden y encienden su cámara cuando hablan o escuchan, sonríen, mandan emojis para reaccionar a mis chistes malos, pienso que no todo está perdido. Pero ya llevamos en esto más de un año y soy yo quien quisiera dictar las clases con la cámara apagada en algunas ocasiones.

Una de mis cantantes favoritas empieza a hacer una especie de programa a través de instagram: cada día de la semana hace una actividad distinta, de cocina, de ejercicio, de entrevista, y yo vislumbro, entre cada marca o mención comercial, que es un espacio creado para poder seguir facturando ante la incertidumbre de volver a ofrecer un tour o un disco en formato físico. Un buen día anuncia que ha estado escribiendo junto a algunos artistas, otro la vemos hacerse pruebas de covid para poder juntarse con su equipo (quién pudiera hacerlo tan seguido) y, finalmente, lanza un disco precioso y ofrece un concierto virtual. Ya nos había dado algunos gratuitos a través de su facebook, por lo que esta vez decido comprar la entrada. La noche del concierto, frente al televisor y en familia, mi pareja me pide matrimonio. Fue una de tantas noches felices durante la cuarentena, pero después los conciertos virtuales dejaron de llamar mi atención.

Asumo que los millones de likes en sus videos le aportan algo de dinero a tantos artistas que quiero y escucho.

Escribo la tesis del doctorado (no es broma, es muy difícil, no habría tantos memes y páginas burlándose de este proceso si no lo fuera), corrijo la tesis, sustento la tesis, apruebo la tesis, todo a través de una pantalla. La fórmula de mis lentes parece ya no funcionar para mis ojos. Dirijo y sirvo de jurado de otras tesis, y trato de comprender las circunstancias en que se han escrito, pero quiero ser tan rigurosa como si no tuviéramos tanta angustia. La vida académica continúa. Tal vez es lo que me aferra a la vida en general. Este conocimiento acumulado que ahora pasará a la siguiente generación, que quedará cuando muchos nos vayamos. ¿Quiénes seremos los que nos iremos? Esa pregunta pasa por mi cabeza cada cierto tiempo desde hace poco más de un año. Todos, en realidad, tarde o temprano, me respondo.

Anuncian una nueva temporada de mi serie de televisión favorita (en mi corazón va incluso antes que de *The Wire*, la mejor serie de la historia). Se trata de *In Treatment*, una puesta en escena de una terapia de treinta minutos, pero esta vez sin el doctor Weston y con una *crazy eyes* preciosa y moderada: Uzo Aduba será la doctora Brooke Taylor, dice el artículo de prensa, y yo pienso que tal vez me sirva a mí también como una terapia; como lo han sido cada partido de *Friday Night Lights* o cada diagnós-

tico de *Dr. House*. Volver a las series de hace casi una década, volver al procedimental, a la serie juvenil, volver a sentir, desatascar las emociones a través de emociones ficticias. Ficticias las de la pantalla, porque las que siento son reales, no importa lo que las desencadene.

Compré un montón de libros antes y después de la cuarentena, pero durante ella he experimentado un verdadero bloqueo para leerlos. Me entero de que es algo que ha pasado a mucha gente y me consuelo, pero sigo comprando. Consigo también las versiones digitales de los libros que tengo en formato físico: puedo leerlos en mi celular mientras paseo al perro o a oscuras en la cama, sin encender ninguna lámpara, mientras mi pareja duerme a mi lado.

Leo en mi celular que alguien más, alguien que he conocido o he querido, ha muerto. Por el virus, por la angustia, por la soledad. ¿Qué sentido tiene, entonces, hacer todas estas cosas si en cualquier momento, paf, todo puede acabar? ¿Cuándo no ha sido así?, me pregunto, pero la verdad es que ahora somos más conscientes y pasa mucho más seguido. ¿No será que todo esto es precisamente nuestra forma de mantenernos con vida? Mantenernos, así en plural, unos a otros, a través de las pequeñas conexiones que podamos establecer cada día.

Una madrugada me despierto, de esas en que no se puede conciliar muy bien el sueño, el insom-

no pandémico que llaman, y tomo el celular, pero no puedo ver bien: ahora necesito las gafas hasta para leer la letra gigantesca que tengo configurada. Me ha aumentado la presbicia, no sé si por leer, escribir, revisar tantos textos académicos o por esta superlativa exposición a las pantallas.

## NÁUFRAGA

María González Lima

“Mañana comenzará la cuarentena” —se repetía en mi mente.

Llevaba exactamente dos meses de haber llegado a Barranquilla y debía ya dejar mi alojamiento temporal. Nueva en la ciudad, sin familia y sin amigos (más que el director que me había contratado), había estado alojándome en apartamentos amoblados a través de Airbnb, mientras conocía la ciudad y encontraba una vivienda que se ajustara a mí. Pero antes de que esto sucediera llegó la pandemia, y lo inmediato precedió a cualquier otra cosa.

“¿Para dónde me mudo mañana?” —pensé.

Aun con la angustia de la incertidumbre, me mantuve serena y eficiente, concentrada en buscar una solución. No era solo pasar la siguiente noche, sino conseguir un espacio suficientemente cómodo para lo que estaba por llegar, que aún nos era desconocido.

La idea del encierro me inquietaba. Quería que en lo posible el lugar a ocupar fuera atractivo e indicado para las 24 horas ininterrumpidas que cada día pasaría en su interior. Busqué en internet, hice llamadas telefónicas y ¡voilà! se abrió la posibilidad de un apartamento con la misma persona que había contratado el primer mes de mi estadía. Me fui a la cama con sonrisa en la boca y maletas listas en la sala. El problema estaba resuelto.

Al siguiente día, mi primer pensamiento fue “hoy empieza la cuarentena”. Esa frase, corta, al parecer inofensiva, me aceleraba el pulso cada vez que cruzaba mi mente. Pero la foto del apartamento a donde iría lograba calmarme un poco. En eso estaba, mientras tomaba mi café mañanero, cuando el celular sonó.

—No puedes ir al apartamento. Los vecinos no están dejando entrar a nadie nuevo.

No podía creer lo que oía. Rectifiqué varias veces. Llamé al edificio, a la administradora, a la junta de vecinos. Nadie daba la cara. Le rogué al dueño del Airbnb que me permitiera extender mi estadía. Ni siquiera mi voz quebrada hizo una diferencia.

Simplemente era sálvese quien pueda. Cómo pueda. Pasé de la sorpresa a la ira, a la incredulidad, a la ira nuevamente, para terminar en una gran desolación.

Pero no tenía tiempo para lamentos. Cogí los pedacitos de ira que aún bailaban en mi ánimo y toda la racionalidad que por suerte me acompaña en momentos difíciles y decidí volver a revisar mi libreta de contactos. Soy lo suficientemente anticuada como para anotar todo a mano en libretas pequeñas que tengo siempre a mi alcance y voy sustituyendo a medida que se llenan. Y allí estaba, en una esquina de una de las hojitas. El nombre de quien me había mostrado un apartamento amoblado que no me había gustado. Pero, en esos momentos, lo que había era que conseguir resguardo. Me puse en contacto y luego de unas lágrimas que se me salieron frente al portero (quien también tenía orden de la junta de no dejar entrar a nadie nuevo al edificio) logré ubicarme en el que sería mi nuevo hogar. O mi cárcel, por los siguientes seis meses.

El mobiliario de mi nuevo espacio consistía en un sofá envejecido tipo click clack de superficie irregular, una cama con un colchón de condición dudosa, y dos taburetes de plástico para la meseta de la cocina. Así que luego de pasar la primera noche bajo la seguridad de un techo y de pelear un poco con la conexión a internet, comencé a preguntarme “¿Y cómo hago para trabajar en este lugar?”.

Teníamos una semana para prepararnos, la cual usé para sentarme en mis tres tipos de muebles y elegir mi sitio de trabajo. Imposible dar clases desde alguno de ellos y parecía imposible hacer algo al respecto. Comenzaron las clases, 12 horas a la semana. Los dolores de espalda y cadera me mostraron que debía tomar alguna medida para poder seguir trabajando bajo las condiciones que tenía, así que una mañana tomé el carro y salí a explorar los alrededores. Las tiendas cerradas no eran de buen augurio, solo los mercados estaban abiertos. No podía creer lo que estábamos viviendo. Recordé que en Alkosto vendían algunos muebles, y por ser también supermercado estaba abierto. Problema resuelto, ¡compraría un escritorio y una silla! Solo un detalle por resolver quedaba y era cómo los armaría. Había un escritorio en exhibición y logré que me vendieran ese mismo. No tuve igual suerte con la silla, pero pude armarla en casa con la ayuda del portero, quien se sintió halagado de mostrar su fuerza enterrando los tornillos. Rogué todo el camino a casa que no pasara un gato pues tenía un escritorio en mi minicarro tapándome la visión.

Luego realmente comenzó lo más difícil. El encierro, el miedo a enfermar, la incertidumbre. La soledad. El trabajo que se había multiplicado. Las exigencias de enseñar de una forma que me era totalmente desconocida. Intentar investigar con mi mente llena de temores. Preparar clases, limpiar, cocinar. No tener un sitio cómodo para descansar.



La soledad —suspiro. La soledad.

Desde la ventana entraba esa ciudad que luchaba por seguir viva y que hacía el trabajo en casa aún más difícil. Una ciudad caliente, bulliciosa, llena de colores y fragancias. Con gente que tenía que salir a diario para buscar el pan de su mesa.

El ruido era ensordecedor, entre las ventas de aguacates, las reparaciones en las casas de enfrente y los grupos musicales callejeros. También aquellos que gritaban por ayuda a nosotros los de clase media. En contraste, era muy afortunada. Ese pensamiento y la visión lejana del río Magdalena y sus hermosos atardeceres contribuían a mantenerme en pie. Intentando entender, formar parte, arraigarme a esa nueva realidad que me tocó conocer en condiciones tan adversas.

Eventualmente la ciudad comenzó a abrirse. Los toques de queda eran menos frecuentes y comencé a disfrutar de caminatas al amparo de frondosos árboles de mangos. Dando gracias por el aire libre, aún con mascarilla.

Compré una planta para embellecer el pequeño espacio donde habitaba, unas cremas deliciosas para mis manos afectadas de tanto lavarlas. Algunos restaurantes habilitaron espacios para recibir al público. Comenzamos a vivir un poco de normalidad dentro de la anormalidad que aún existe. Y dentro de esa nueva normalidad, abrió el aeropuerto. Dos días después estaba volando. Con temor al

contagio. Con dudas sobre el futuro. Dejando atrás  
escritorio, silla y cárcel. Sin cargas. Sin ataduras.  
Con la certeza de que esta náufraga sobrevivía.

## SIN AVISO Y SIN PROTESTO

Yanuacelly Guariguata Birriel

Que te encierren repentinamente no tiene nada de gracioso ni jugando. Eso fue lo que sentí cuando nos dieron el aviso de que debíamos comenzar a laborar desde nuestros hogares, porque un bicho invisible e imparable estaba haciendo de las suyas y nadie en el planeta sabía cómo detenerlo.

¡Tamaño asunto! Es el colmo de los colmos.

Lo vi como una aventura, como un nuevo momento para pasar más horas con mis dos hijos y mi esposo. Más tiempo para compartir entre las cuatro paredes y techo que llamo hogar; a lo mejor ya no estaría tan cansada todos los viernes al llegar a casa, tan cansada que apenas comía, me duchaba y a dormir.

¡Qué ilusa, qué tonta! Lejos quedarían mis días “normales”.

La primera semana fue de curiosidad, de cómo nos organizaríamos para cumplir con todas las actividades de forma cabal y justa. Esa semana mis hijos estaban felices porque no tenían que levantarse temprano para ir al colegio y yo también contentísima porque los tendría para mí, para abrazarlos, besarlos y apapacharlos cuando quisiera sin estar apurada, como era siempre.

Para la tercera semana ya estábamos dando carreras porque comenzaban las clases virtuales y no nos habíamos preparado. En mi celular y el de mi esposo mis hijos comenzaron a recibir sus clases. Están en primaria y pensé que no iba a ser tan complicada la situación. Nada que ver. Primero, no ayudaba mucho mi exasperación, porque los niños se distraen demasiado si se dejan solos; luego, el desorden de las maestras: su poca familiaridad con las herramientas tecnológicas era evidente.

El ritmo de mi hogar ha cambiado para siempre, creo. Las rutinas ya están alteradas porque la cotidianidad conocida desde siempre ha variado, y no un poco, sino bastante. Tengo poca paciencia con lo que tiene que ver con la rutina doméstica, pero no sé por qué es más fácil (por lo menos en mi caso) ser más paciente con los asuntos de los demás. Mi esposo dice que es porque soy perfeccionista y quiero que las cosas se hagan a mi modo. A lo mejor es cierto. Los gritos se comenzaron a

escuchar, ya sea en regaños constantes a los niños, exclamaciones de hasta cuándo será esto y palabras altisonantes cuando lo saca a uno de quicio la caída de la señal de internet o la ida sin regreso pronto del servicio de la luz. Y hablando de eso, este es el mayor de los problemas. La gente de Electricaribe (electrirobo, le decían por acá) no puede quitar la luz a otras horas que no sean las de trabajo y las de estudio. O, en todo caso, por lo menos podrían avisar que van a quitar el servicio eléctrico tal día y así uno puede inventarse ir a la casa del hermano o del amigo y así no perder el día de trabajo, pero no. Ahora es otra gente la que opera la energía en la costa (supuestamente); llegaron con mil promesas de mejora y optimización del servicio, pero ahora es peor. La quitan días o noches completas, y no solo eso, la factura del servicio viene altísima, como si uno tuviera aire acondicionado hasta en el baño. Esto es para locos.

De verdad que esta pandemia nos obligó a redefinir nuestros conceptos de tolerancia, paciencia, respeto, empatía, solidaridad y más. Aunque hay gente que en realidad no ha tenido ninguna transformación ante todo esto. Excusándose bajo dichos populares como “de algo nos vamos a morir”, “ni que fuera semilla”, no aportan nada al respeto de las normas de bioseguridad establecidas ni a la toma de conciencia general. Y lo peor es que no se cuidan y no se enferman ni de moquillo; ah, pero el

que se cuida, el que está encerrado en su casa y no sale ni en los días que se lo permite el pico y cédula es el que se enferma. “Así son las cosas”, diría un conocido personaje de mi pueblo.

Sentimientos como nostalgia, miedo, tristeza, incertidumbre son los protagonistas por estos tiempos. La realidad de este virus se estrella en la cara de cualquiera y nos doblegamos con profundo dolor ante los designios de la situación. Las moiras mitológicas han hecho su aparición para burlarse de la humanidad y de toda la gloria y los conocimientos que nos ufamamos en mostrar. Sabiduría y poder se volvieron nada porque el virus arrojó a todo y a todos y nadie escapa a su invisible alcance. La única esperanza es esperar, esperar con el peso a costas de los sentimientos negativos y positivos que podamos tener. Esperar ya sea por Yahvé, Dios, Alá o cualquier otra fuerza sobrenatural y/o creadora a la que se le tenga fe, a que esto pase. Porque, como todo en el curso de la vida, va a pasar. Tiene que pasar.

[https://youtu.be/F7Y\\_jyy5wEo](https://youtu.be/F7Y_jyy5wEo) Oratoria pedagógica

[https://youtu.be/kBpZOd\\_bL0E](https://youtu.be/kBpZOd_bL0E) Shakira

## NUESTRA CAPACIDAD DE ADAPTACIÓN

Elianis Hurtado Polo

Muchas veces estamos tan convencidos de que sólo hay una forma de hacer las cosas, como quien dice “*no hay de otra*”; tanto así que nos sentimos indispensables en ciertos lugares. Entonces, es ahí donde nuestra amiga “la rutina” llega causando estragos, alejándonos de la posibilidad de otras alternativas. Ningún ser humano llegó a imaginar lo que hoy por hoy es una realidad o un —yo le llamaría— “*por ahora, toca así*”. Irónicamente, es esta realidad que nos ha tocado vivir, la que nos ha llevado a recordar nuestra capacidad innata de adaptarnos a los cambios y a reconocer el potencial que podemos sacar ante cualquier circunstancia complicada.

Hace un año y un mes, 6:15 a.m., me encontraba inmersa en una rutina, la cual implicaba corretear un bus cuyo sobrecupo me forzaría, en ocasiones, a estar de banderilla. Esta odisea era la que me tocaba pasar para llegar a mi segundo hogar.

Mientras me mantenía en pie dentro de un bus, miraba alrededor con determinación: las calles, las personas en sus afanes, los paisajes y cómo se detenía la ciudad en medio de un semáforo en rojo. De repente Jorge Cura comienza su programa matutino de noticias, su voz se empieza a filtrar en mis oídos con gran particularidad; lo oigo, pero no lo escucho. No queriendo escuchar, me sumergí en las notas de un acordeón que sonaba en un auricular, ignorando en ese mismo instante todo lo que estaba por llegar.

De la forma más inesperada, mi segundo hogar empezó a tomar medidas sin cesar, el ingenio se hizo presente y novedosas propuestas estaban a punto de muchas cosas cambiar. Un comunicado avisaba que era la hora de un nuevo mecanismo implementar, pero aun sin saber si esto podría funcionar, personas tan capacitadas en un equipo de trabajo audaz querían hacer posible este obligatorio y retador plan. La puerta de mi segundo hogar tocaba cerrar con mucha nostalgia, pero también con altas esperanzas de poder allí regresar.

Pasada una semana todo me empezó a preocupar aún más, pues sabía que era más tiempo con



mi soledad y responsabilidad. Vivía sola y me tocaba planear cómo manejar mi tiempo laboral en otro lugar y demás. Hay momentos en la vida que debes enfrentar, conseguir una línea de internet, pese a que era un gasto más que a mis finanzas no le podría agradar, se volvió mi prioridad para llevar a cabo mi jornada laboral.

Tenía que armar un plan de supervivencia personal y laboral, pero ¿por dónde comenzar? Preguntas vienen y van hasta que me pude organizar, haciéndome gran amiga de doña soledad. A las 6:30 estoy en marcha, agradeciendo a Dios por un día más, con una ducha bien fría recibiendo la energía que esa agua me da, me dirijo a la cocina para mi desayuno preparar y así espero las 8:00 para laborar. Aquí es donde más me convenzo de que el ser humano puede ser tan capaz, solo es cuestión de intentar. Créanme, no fue fácil en mi lugar, encontrar una forma con la cual el trabajo y el hogar fusionar, pero adaptarnos a una nueva rutina a veces es vital. Finalmente, en un pulpo me aprendí a transformar.

Me sentía muy a gusto con la propuesta que me había brindado mi segundo hogar, pues la monotonía ya no me embargaba, pero sabía que tenía que compartir mi espacio con otras personas, es decir, entender y comprender el trabajo de los empresarios independientes que se movilizan por todo el barrio sin un descanso tomar: al del aguacate entonar y al del guineo verde pregonar, la impru-

dente energía cuando decide marchar en medio de una importante reunión impidiéndome avanzar, y, para rematar, el internet no se quedaba atrás. También quise muchas veces viajar, brincando el charco que me separaba de mi hogar y tierra natal, pero era obvio que la cuarentena impuesta no permitía ya ni siquiera en eso pensar, quería huir de los insomnios que por tres meses se quisieron quedar, depresiones y hasta desesperación sin final, pero, aun así, sabía que debía continuar.

Yo conservo una frase repetida tantas veces por mi abuela, ella siempre cargada de sabiduría me decía: “el ser humano es un animal de costumbres” y en ese momento retumbaba en mi cabeza porque de esa manera lo estaba viendo. Hay tantos momentos o situaciones de la vida a las que, queramos o no, debemos acoplarnos, y eso era exactamente lo que estaba sucediendo. En algún punto me empezó a agradar cada vez más la forma como mi trabajo llevar y cómo había aprendido a mi tiempo organizar.

El tiempo pasaba y una pequeña luz de esperanza se logró notar, y con ella la oportunidad que permitiría ocasionalmente a mi segundo hogar regresar. Pero aún sucedía algo, no poder ver a todo el equipo, no poder dar ese abrazo tan cálido y fraternal que he llegado a extrañar. Sin embargo, todo empezó de nuevo a reversar como una montaña rusa que no quiere parar.

Y aquí estamos nuevamente sin saber qué más va a pasar, pero con la certeza y vestidos de color esperanza para recibir lo que Dios nos quiera brindar. Sabemos de qué estamos hechos y confiamos en que hay otras posibilidades para continuar en la vida como si nada estuviera haciendo estragos, sólo la mentalidad haciéndonos la jugada sucia al recordar la situación actual.

Nada detiene al ser humano cuando se trata de avanzar, de ir por más y dar aún más. Vivir agradecidos ante cualquier adversidad es la mejor manera de avanzar, encontrándote a ti mismo, y, de paso, a tu potencial.

¿Qué aprendí? Que todo lo que nos pase, bueno o malo, viene consigo cargado de enseñanzas y de oportunidad para crecer más como persona, equipo de trabajo y entidad.

Hoy en día sigo extrañando mi segundo hogar, sigo sin poder recorrer sus instalaciones, aun así, lo veo sonreír sin parar, con su campus más reluciente, y con los amigos de siempre queriéndole cuidar, y una brisa irreverente diciéndonos aquí los espero cuando todo pase y puedan regresar.

Convencida de esta frase tan popular: “donde quieran plantarte allí florecerás”, me he dado cuenta de que trabajar desde otro ángulo es una experiencia muy única y sin igual, más allá de todo sabrás que no hay ningún motivo para que la función deje de continuar sin importar donde te puedas encontrar.



## SIN TÍTULO

Henar Lanza González

Fue durante la última jornada de un curso sobre filosofía antigua y economía. Estaba escuchando con atención la exposición del conferencista sobre las consideraciones platónicas acerca del comercio cuando comenzó a diluviar, ese momento en el que nada, mucho menos la filosofía, puede evitar que miremos por la ventana.

Concentrada como estaba, no me había dado cuenta de que el sol había desaparecido y el cielo había perdido el tono cálido y se había quedado completamente blanco. Y contra ese blanco fue contra el que se recortó la silueta negra del gallinazo.

En lugar de guarecerse del chaparrón como el resto de las aves, como el resto de seres vivos, se subió al punto más alto de la antena de comunicaciones del edificio de enfrente, extendió sus gigantescas alas, las estiró todo lo que daban de sí y permaneció quieto recibiendo el agua en todas y cada una de sus plumas, definidas con todo detalle contra aquella blancura.

No fue un primer movimiento con el que tomar impulso para alzar el vuelo, sino que permaneció así, inmóvil, majestuoso, con sus enormes alas desplegadas en toda toda su grandeza bajo la lluvia torrencial.

Nunca un ave pareció más potente sin volar.

Como un corredor ante el pistoletazo de salida. Como todo lo que está a punto de empezar.

En la visión de un ser vivo tan inmenso en equilibrio en medio de la tormenta vi todo lo que no había visto nunca cuando sobrevuelan la ciudad al atardecer. Lo que puede un cuerpo.

En esa quietud desconocida estaba la potencia de todos los mundos posibles. Lo excepcional está agazapado a la espera.

## LOS MIEDOS MÁS ALLÁ DEL VIRUS

Jahir Lombana Coy

**E**l humano dio la espalda y la puerta se cerró, solamente escuchaba a lo lejos las voces de algunos que aún a kilómetros de sus casas corrían despavoridos para encontrar refugio. Se hablaba de que algo muy pequeño, invisible a los ojos, estaba invadiendo sus cuerpos y haciendo que, uno tras otro, los seres humanos se infectaran con un gran virus mortal. Un virus que siempre había estado en la naturaleza pero que en un momento de descuido se incrustaba en su ser y le dificultaba continuar con la vida como la conocía hasta entonces.

La gente poco a poco encontraba refugio, se fueron resguardando y las calles más vacías de seres humanos dieron salida a aquellos que por mucho tiempo se sintieron invadidos. Animales de la tierra veían con recelo que ese ser de dos patas no lo siguiera acechando, animales de los cielos respiraban un mejor aire y gozaban de los vientos sin obstáculos, los animales de las aguas veían desde las costas y las riberas una calma extraña y las plantas sentían que sus flores ya no serían cortadas y probablemente madurarían espontáneamente para dar sus frutos.

Los humanos en su encarcelamiento voluntario vieron resurgir otros miedos: perder su hegemonía en el mundo que ya rondaba los 300.000 años, no sentirse el amo de la existencia terrenal, sentirse vulnerado por algo tan pequeño que no podía ver, que ni siquiera sabía cómo actuaba y tampoco cómo enfrentar. Ya no era solo ese virus invasor el que producía miedo. Los otros miedos quizás eran más fuertes que el virus invisible. El ser humano todopoderoso de la tierra ya no era intocable y la naturaleza le daba una lección a su existencia. El mundo para el humano parecía ajeno: la tierra se sentía limpia, el aire se respiraba puro y las aguas eran fácilmente traspasadas por el sol y dejaban ver la vida en las profundidades. El ser humano veía encerrado desde sus ventanas y añoraba estar afuera, con algo de envidia de aquellos seres que siempre había desplazado y que ahora gozaban en su



ausencia. El humano seguía soberbio, pero a pesar de eso su miedo a lo desconocido era más fuerte y lo paralizaba ante cualquier acción.

Las horas y días pasaban y nuevos miedos se creaban, incluso ya entraban sin golpear a pesar de todas las barreras de esas casas herméticamente selladas para evitar la entrada del virus invisible. El miedo a la soledad, a la indiferencia, a la indolencia y a la incertidumbre ya habían invadido el interior y de eso no había cura a la mano. El ser humano se estaba envolviendo en sus propios miedos y ya hasta su esencia de razonar la estaba perdiendo.

Pasaban semanas y desde las ventanas ya se veían algunos que se podían llamar valientes, otros los llamaban necesitados, quienes salían escapando de sus miedos interiores. Ellos se suponía que eran los más fuertes para enfrentarlos, pero se convirtieron en los más vulnerables frente al virus invisible. Poco a poco los valientes empezaron a caer y en las calles un hedor de tristeza, melancolía y muerte de nuevo espantaba a animales y plantas. Los cielos grises opacaban la alegría que por pocos días la madre naturaleza había ofrecido a animales y plantas, y los pocos valientes que lograron sobrevivir no tuvieron más remedio que volver a resguardarse en sus casas. Al parecer la naturaleza consideraba que los humanos no habían aprendido la lección ni estaba preparados para renacer. Ya ni desde las ventanas se podía ver la esperanza de un mundo mejor.

Ya eran meses y los que aún sobrevivían en la tierra empezaron a preguntarse sobre los miedos que los habían invadido y buscaban remedios para ellos. Empezaron a entender que su rol como seres pensantes, aunque muchas veces no racionales, les daba la responsabilidad de abogar por su entorno, cuidarlo, respetarlo y hasta dejar de invadirlo. Ya no sería el centro y dueño del mundo sino un ser más dependiente y consciente de su vulnerabilidad. Del miedo a la soledad, recordó a la familia y que, como todo ser social, encontrar el tiempo y el espacio para reencontrarse consigo mismo y con los demás era su mejor medicina. Frente a la indiferencia y a la indolencia recordó a esos valientes que a pesar de la incertidumbre salieron a la calle, quizás a riesgo de su vida, para enfrentarse a una realidad que nunca debieron olvidar. Finalmente, frente a la incertidumbre no logró encontrar una cura, al parecer el no saber qué le deparará el futuro es un miedo intrínseco al humano y con él debe convivir; pensó en la resignación, pero eso seguramente lo hundiría en los miedos que ya suponía superados, por ello siguió pensando y encontró, aunque muy alejado de sus saberes, la resiliencia como medicina para superarse a pesar de lo incierto y lo adverso.

Ya era un año y, así como el virus llegó, poco a poco se iba yendo y desapareciendo, no sin antes dejar el recuerdo de que se había llevado a muchos. Al parecer, la madre naturaleza finalmente aceptaba y se había dado cuenta de que el ser humano ha-

bía enfrentado sus miedos, aquel virus había sido tan solo su excusa para recordarle sus vulnerabilidades. Esas que están dentro del ser y que, como un virus, se van expandiendo sin control, pero, como suele pasar en cualquier ser, la mejor medicina se encuentra al interior de cada uno.

### **Mi experiencia “De puertas para adentro”:**

Nunca en lo que llevaba de mi vida había estado más de una semana sin salir de casa, de hecho me considero un “callejero”. En alguna ocasión tuve que quedarme en casa por períodos largos de tiempo, pero entonces sabía que podría salir, si así lo quisiera. Esta experiencia fue diferente, pues la incertidumbre lo llenaba a uno, y la única ventana para saber lo que pasaba era lo que nos decían los noticieros, a los que seguía mucho al principio pero que poco a poco dejé, porque más que ayudar, bajaban el ánimo con tanto insuceso.

Unos kilos de más y unos problemas físicos (gafas nuevas) son el no tan amable regalo de la pandemia. Pero la lectura, el trabajo y, sobre todo, la familia ayudaron en el proceso de soportar el paso del tiempo sin salir.

Por suerte al tener a mi familia cerca (esposa e hijas), que como es normal tuvo sus altas y sus bajas en convivencia, fueron finalmente el aliciente para hacer llevadera una vida “de puertas para adentro”.

Un día normal comenzaba con un despertador comunitario a las 5 a.m., al cual nadie hacía caso y se le respondía “5 minuticos más o un chungui de sueño”.

Ya levantados, notamos que en la pandemia ese tiempo de la mañana se pasaba más calmado que en la “antigua normalidad” (pre-pandémica). Los desplazamientos se acortaron, pues eran solo de metros (de un cuarto al otro) y le daban un aire de tranquilidad al ambiente de la mañana.

Después de hacer las actividades cotidianas: aseo personal, desayuno en familia y noticias con “Ok Google, reproducir noticias”, empezábamos nuestra “no normalidad”: prender el computador y tratar de interactuar con los que estaban al otro lado del monitor. Creo que para mi hija pequeña fue una excelente experiencia, ya que descubrió una competencia para ella antes desconocida y la facilidad de interactuar por medios digitales. Para mi hija grande y para mi esposa, quizás fue un poco más complejo, por el carácter social de la primera y la orientación comercial de la segunda, pero a pesar de eso creo que lo lograron soportar medianamente bien.

En mi caso, la virtualidad me ayudó a desenredar mucha actividad represada en mis escritos en normalidad, y a limitar la palabra “procrastinación”, que a veces estaba muy presente en mi vocabulario, pues me diluía con el quehacer diario. Viéndolo en retrospectiva, hubo una tendencia en

mi al “*workaholic-ismo*”, pero por fortuna los resultados se empiezan a ver pospandemia.

Una pausa para el almuerzo y conversar como no lo hacíamos en la “normalidad”, cuando no coincidían los tiempos. Aunque corto, este tiempo fue importante para reencontrarnos en familia y dialogar sobre lo divino y humano, y, claro, discutir cuando tocaba.

Luego, volver a conectarnos a las pantallas. Mamá en su trabajo, hija mayor en su universidad, hija menor en Roblox y papá (yo) nuevamente en su trabajo.

En las tardes la hija menor saltaba de puesto en puesto mostrando sus nuevos diseños de casas y sus nuevos atuendos de los *avatars* en Roblox, definitivamente ella fue la que más le sacó ventaja al “encierro” y a la tecnología digital. Los demás en nuestras responsabilidades laborales y académicas.

Ya en la tarde-noche, dependiendo de la carga laboral, comíamos algo suave, esta vez más relajados y congregados alrededor del “reality musical” de la temporada, tarareando cada uno la canción que suponía saberse. Momentos esos que antes, durante y después de la pandemia hemos logrado conservar.

Caía la noche, y poco a poco nos retirábamos a descansar. No sin antes agradecer por las posibilidades que teníamos, pedir por los que la estaban pasando mal y pensar en cómo, desde nuestras limitadas posibilidades de ese momento, podíamos ayudar.

Finalmente, al llegar la hora de dormir, cerrábamos nuestros ojos para seguramente pensar de “sueños para adentro” y recargar energías para comenzar nuevamente la rutina del día a día “de puertas para adentro”.

## MALABARISTA

Edna Manotas Salcedo

Cristi escuchó a la mujer decir que sus tres hijos se le suben como micos al hombro mientras atiende una videollamada de la oficina, al tiempo que cocina, lava los platos y limpia el arenero del gato: “Parezco una malabarista en un semáforo en rojo”. La frase se le talló en la mente y sintió que no estaba ni un milímetro cerca de esas expectativas de mujer perfecta: desde que empezó el confinamiento, el teletrabajo para los solitarios como ella es distinto. Por ejemplo, a falta de hijos y marido, habla consigo misma, y de tanto verse en el espejo, o se cae muy bien o llega a odiarse por completo.

Aún no lo sabe, eso de mirarse tanto, en un apartamento tan pequeño, la ha tomado por sorpresa.

Con los toques de queda, el silencio de los domingos se toma toda la semana. Todo se infesta de rutinas y Cristi se pregunta cuáles son sus malabares en el semáforo en rojo. La canción de Richy Ray y Bobby Cruz que le salvan el día, ¿tal vez? o las conversaciones que tiene consigo misma para perdonarse, culparse o aislar un pensamiento repetitivo. No se decide, nada de eso parece tan importante como alimentar un ser vivo, así que decide acercarse un poco más a la mujer de la videollamada y busca una mascota. Le han dicho que una vida con sentido es tener una familia, el perro, los niños que le harán compañía llegada la vejez; “no te quedas solterona”, le han dicho mil veces. Así que durante la cuarentena —justo en sus cuarenta— pasaron por su casa patos, perros, gatos y hasta cazó algunas mariposas, en su intento de ocuparse con algún acto de circo que suene importante. A veces le parece que la vida en solitario se percibe como simple y banal. La verdad es que su instinto maternal no se asomó y, a pesar de quejarse de sus días de soledad, cada vez que la mascota se iba, sentía un alivio infinito. Parece que del todo, su monólogo no se le da tan mal.

Las llamadas por Zoom se hicieron espacio en la costilla. Las reuniones, *webinars*, *Lives* y conciertos en línea lo llenan todo para Cristi. Se aferra a



cumplir horarios nuevos, a vestirse formal de la cintura para arriba en las videollamadas e insiste en usar maquillaje, hacerse peinados y ponerse flores en el pelo. Aprende cada día cómo funcionan las luces Led, ha tenido pesadillas con las tragedias que pueden ocurrir en un desliz con la cámara encendida. Acomoda el escritorio para armar un set como un artilugio; la escenografía es importante. Recoger la ropa desordenada, cerrar las puertas del closet, buscar una planta o mejor escoger un fondo digital, como un telón de teatro.

Pasa muchos días sin hablar con personas de carne y hueso. Se ha acostumbrado a los filtros, a los micrófonos y a quedar congelada con la boca torcida cada vez que se va el internet. Aprendió a celebrar su cumpleaños con sólo sus aplausos, y se va a la cama temprano para sentir el día más corto. Se ha dedicado a alegrarse y a entristecerse para sí misma.

Sabe que la música le ayuda a diseñar un día alegre, le ayuda a ocultar las noticias del Rey Covid XIX. Transmuta sus mañanas con algo de meditación y yoga y extraña mucho a su parche de la oficina. El café caliente en el pasillo, la conversa, las miradas, los tacones que se enredan en los adoquines de la universidad, cada gato enrollado como serpiente camuflada, el murmullo en los ascensores, ese hacinamiento en el que te rozas los hombros con ese otro que no conoces, el viento que

levanta faldas en el bloque K. Nada de eso se parece a este momento en el que el mundo parece estar detenido, ¿cuánto dura un semáforo en rojo?

La que más le ha reclamado tanta rutina es su espalda. El espaldar de la silla parece tatuarle su nueva fisionomía, la rigidez de su propia postura le recuerda que debe caminar en el parque al menos un par de horas antes del toque de queda. Sus pies ya conocen los recorridos del estudio a la cocina y a la habitación. Ha contado los pasos que hay de la sala al baño, ha tarareado el vaivén del móvil metálico que azota la brisa en el balcón, le ha sacado notas musicales al murmullo del ventilador, a las agujas del reloj, al zumbido de la nevera y a la gotera de la llave del baño. El teletrabajo le da la extraña sensación de estar a la expectativa, de estar haciendo más, pero en círculos.

Hoy ha devuelto el pato, decidió que prefiere su silencio a tener una responsabilidad más. ¡Puras excusas! No quiere encariñarse con nada, ni nadie, que luego tenga que morir. Otro tema más para su diván virtual. ¡Hasta eso va por Zoom! ¡Freud en línea! Respira, mira su rostro en el espejo, se da cuenta de que sólo se tiene a sí misma, un calendario lleno de tareas por cumplir, la pasión intacta, su propia fuerza y un vaso de té a medio llenar.

Declinó en su último intento de ser madre, cierra los ojos y siente las bocinas de los autos, se emociona, piensa que van a arrancar. Imagina que está

en la mitad de la calle tratando de sostener todas sus pelotitas sin dejarlas caer. Sonríe. Falsa alarma, el mundo sigue en pausa, en rojo. Se fueron uniendo al show tres monos, un elefante y una gallina. Los animales se ponen a su lado, espera que los conductores bajen los vidrios y le regalen aplausos.



## YA FALTA MENOS

Manuel Moreno Slagter

Una semana antes de que se hiciese el anuncio formal, salí a recorrer un par de supermercados con la intención de llenar la despensa. Ya me sospechaba que el encierro era inminente y que sería mejor tener comida suficiente para varias semanas. En aquel momento tanta precaución parecía exagerada. Las noticias que nos llegaban describían el virus de una manera muy similar a una gripa, con algo más de peligro, pero aparentemente manejable. Nada que no se pudiese controlar aumentando la frecuencia del lavado de manos y, quizá, utilizando tapabocas. Igual, más vale prevenir

que lamentar, me repetía. De tal forma que terminé convirtiendo la cocina en una variopinta muestra de enlatados, bolsas de arroz, granos, chucherías, cosas congeladas y también, claro, un par de botellas de licor que animaran el aislamiento. Recuerdo que, con una torpeza e ingenuidad que sólo puede perdonarse por la novedad de las circunstancias, le dije a mi esposa que ya estábamos preparados para la cuarentena que se venía, que teníamos comida de sobra, que eso no podía demorarse tanto.

Hace unos seis meses, mientras aguardaba que el ascensor llegara a mi piso con una bolsa de frutas que había pedido, matando la mínima espera jugando con la botellita de alcohol en el bolsillo, empecé a imaginarme un dispositivo que pudiese adaptarse a la baranda de la cabina para poner los paquetes pequeños. Llevaba un rato pensando que eso no estaba bien, que las bolsas que contienen comestibles no deberían ponerse en el piso del ascensor. Me desgasté una tarde entera buscando artefactos en internet, desfilando por un sinfín de páginas con ese difícil empeño. Mientras lo hacía, pedí desechables, pañales, antiácido, lo que pudiese encontrar en la farmacia virtual, artículos que llenaban una lista que me acosaba desde la mesa del comedor. Un click y listo. Luego, encontré que se me había olvidado pedir jabón líquido: un fastidio. Tendría que montar otro pedido o esperar hasta al día siguiente, porque igual tenía que en-

cargar algunas cosas al supermercado. Me alcanzó la noche sin encontrar el dichoso dispositivo. Logré hacer unos dibujos y tuve la breve idea de mandarlo a fabricar, hasta que su improbable éxito me hizo abandonar el proyecto. Guardé los bocetos, en los que había escrito el atemporal recordatorio de la compra del jabón. Ahí quedó, concluí que no valía la pena el esfuerzo, a esto tenía que quedarle poco.

Puede que sean ideas mías, pero la velocidad del internet decide ralentizarse todos los días a las once de la mañana. Ignoro el motivo. Quizá siempre pasaba y cada *router* tiene esa manía y escoge algún momento para descansar, sólo que apenas ahora, con el confinamiento, me di cuenta. Cuando puedo, aprovecho esos momentos para levantarme y caminar, dar una vuelta por la casa —muy desordenada por las demandas del bebé que nos acompaña desde hace dieciséis meses— servirme agua, comprobar lo sucias que están las ventanas. Los audífonos inalámbricos y la conveniencia de poder apagar la cámara y el micrófono con la excusa de la mala señal me permiten a veces trabajar con el bebé en los brazos, jugar con él mientras escucho debates intensos, recibo información valiosa, tomo decisiones. Hay que ver lo feliz que se pone. Supongo que además pensará que los audífonos hacen parte de mi cara. Se preguntará por qué al final del día no tengo esas cosas negras en las orejas, le da mucha risa cuando me las quito. Cuando no tenga que an-

dar todo el tiempo con ellos, cuando pase todo esto, comprobará que esos círculos plásticos no complementan mi anatomía.

Ayer recibí una buena noticia: mi papá había logrado vacunarse sin inconvenientes y se sentía bien. Pensé en destapar una botella de champaña que tengo hace meses en la nevera. Ya saben, tratando de darle impulso a los buenos momentos y celebrarlo. Luego desistí. Era complicado no compartir el buen rato con quien precisamente lo había propiciado, así que el corcho se quedó en su sitio. Lo mismo pasó con el primer cumpleaños de mi hijo, con su bautizo, con el grado de mi esposa, con todos los aniversarios del último año, con la navidad, con cualquier celebración. También con los acontecimientos menos alegres, que en la mayoría de los casos quedaron convertidos en esforzadas parodias sin ritual ni encuentro. Todo aplazado, trascendido. El sucedáneo del mosaico digital, con el eterno “¿me están escuchando?” y su ominosa y repetida advertencia sobre algún micrófono abierto, esa cacofonía de los involuntarios ruidos domésticos, no alcanza. Algo reconforta ver las caras pixeladas, pero queda pendiente todo lo importante.

Uno logra superar casi todo. Magullados, con balances tan personales como heterogéneos, saldremos también de este lío. Bien o mal, mejores o peores, probablemente disminuidos, extrañando amigos, con pérdidas cercanas, pero saldremos.



Todo pasa, hasta lo más terrible. Entretanto, a seguir avanzando, haciendo lo mejor que podamos, a perdonarnos los errores y a valorar los aciertos. Y a repetirnos diariamente que, de todas maneras, ya falta menos.



## LA DIRECTORA

### **Luz Karime Santodomingo**

Escritora y poeta. Autora del libro *Los hombres de K* (Sílabas, 2023). Es comunicadora social y periodista de la Universidad del Norte, con una maestría en Estudios Liberales de The New School. Docente del Departamento de Español de la Universidad del Norte; directora del Centro de Escritura ECO de esta misma institución entre 2020 y 2024. Su trabajo se centra en la escritura académica y la literatura con enfoque de género.

## AUTORES Y AUTORAS

### **Sergio Álvarez Uribe**

Filósofo de la Universidad de Antioquia. Doctor en Lingüística Aplicada a la Enseñanza de Lenguas de la Universidad Antonio de Nebrija. Magíster en Literatura Hispánica de la Universidad Estatal de Michigan. Especialista en Comunicación Visual de Screen Academy Scotland. Formación continua en el Centro de Cine de Detroit, la Academia de Cine de Londres y Screen Style New York. Sus cuentos, poemas, crónicas y opiniones han aparecido en medios como Huellas, La Cháchara, Arcadia, Las 2 Orillas y Anything, Anywhere, Anyhow. Director del Centro de Escritura ECO y docente investigador

del Departamento de Español del Instituto de Idiomas de la Universidad del Norte.

### **María José Anaya**

Psicóloga y magíster en Psicología Clínica de la Universidad del Norte. Docente catedrática del Departamento de Psicología de esta misma institución. Ejerce como psicoterapeuta.

### **María Alejandra Arias**

Profesional en estudios literarios y magíster en Educación con énfasis en la didáctica del lenguaje de la Pontificia Universidad Javeriana. Docente de español, interesada en su buen uso tanto oral como escrito. En la Universidad del Norte imparte las materias de Competencias Comunicativas I, Expresión Oral y Ficción y Géneros Populares. Es una apasionada de la lectura, el cine, la buena música, la historia, la filosofía, la música y el arte. Dirige la sección Encuéntate, la cual hace parte del programa radial Tardeando de la emisora Uninorte FM Estéreo.

### **Angela Bailey**

Doctora en Educación de la Universidad de Phoenix. Magíster de TESOL. Profesora asistente de la Universidad del Norte. Sus intereses de investigación son la formación docente y el desarrollo profesional, el aprendizaje de idiomas y la tecnología, y

el desarrollo curricular y de instrucción. En su tiempo libre disfruta de la poesía y la escritura creativa.

### **Viviana Beleño Fontalvo**

Administradora de Empresas de la Fundación Universitaria San Martín. Especialista en Gerencia de la Comunicación Organizacional de la Universidad del Norte. Ha escrito cuentos y otros textos que permanecen inéditos.

### **Alana Farrah Roa**

Comunicadora Social y Periodista de la Universidad del Norte, donde también cursó la maestría y el doctorado en Comunicación. Sus investigaciones se centran en el análisis audiovisual y la recepción mediática. Guionista y directora de los cortometrajes *La cita* (2004), *Esquileto* (2005) y *Miradas urgentes* (2007), siendo este último ganador de estímulos del Ministerio de Cultura. Ha publicado artículos sobre cine latinoamericano y el uso del audiovisual y las redes sociales en la práctica docente. Tiene experiencia profesional en realización audiovisual, programación y divulgación cinematográfica, y radio cultural.

### **María González Lima**

Matemática, doctora en Matemáticas Aplicadas y Computacionales de la Universidad Rice. Nacida en Costa Rica, viaja a Venezuela, donde estudia y

trabaja como profesora de Matemáticas en la Universidad Simón Bolívar. En 2012 emigra a Bogotá, donde trabaja en la Universidad de los Andes y la Universidad Militar Nueva Granada; ocho años después se muda a Barranquilla e integra el Departamento de Matemáticas y Estadística de la Universidad del Norte. María González Lima se considera una apasionada por la lectura y la escritura: desde su estancia en Bogotá participa en talleres de escritura creativa; escribe cuentos que lee a amigos con los que comparte su afición. Durante la pandemia, sola y en una nueva ciudad, escribió la historia que está en este libro.

### **Yanuacelly Guariguata Birriel**

Profesional en Lengua y Literatura y magíster en Literatura Latinoamericana de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador. Doctora(c) en Educación. Tutora especializada del Centro de Escritura ECO de la Universidad del Norte. Interesada en el estudio de los procesos de lectura y escritura en los diversos niveles de revisión de un texto escrito los centros de escritura y motivación, la apropiación e identidad en la escritura académica en posgrado, y estrategias para mejorar la escritura académica en pregrado. Su publicación más reciente tiene que ver con la escritura a través del currículo desde la equidad en educación superior.

## **Henar Lanza González**

Filósofa, doctora en Filosofía de la Universidad Autónoma de Madrid. Docente del Departamento de Humanidades y Filosofía de la Universidad del Norte. Ha escrito artículos académicos sobre filosofía antigua, historia y filosofía de la ciencia, la obra de Rafael Sánchez Ferlosio y la crisis eco-social global; ha publicado *Introducción a Wittgenstein* (Gredos, 2022) y *Agnódice, la primera médica de mujeres* (Vegueta, 2020). Es autora, editora y correctora de textos en periódicos, revistas impresas, digitales, blogs y libros en España, Colombia y México, y fue una de las fundadoras de La playa de Madrid, agenda, guía, revista y editorial independiente. Editora de Eidos, la revista de filosofía de la Universidad del Norte.

## **Jahir Lombana Coy**

Economista de la Universidad del Rosario. Doctor en Economía de la Universidad de Göttingen. Magíster en Estudios Internacionales y Especialista en Relaciones Internacionales de la Universidad de Chile. Se ha desempeñado como profesional especializado y consultor de distintas empresas, instituciones y proyectos como la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), el Ministerio de Comercio, Industria y Turismo, la Fundación Friedrich Ebert Stiftung, entre otras. Fue director y editor del portal



Freshplaza, especializado en comercio de frutas y verduras frescas. Docente e investigador del Departamento de Mercadeo y Negocios Internacionales de la Universidad del Norte.

### **Edna Manotas Salcedo**

Comunicadora Social y Periodista de la Universidad del Norte. Doctora en Comunicación y Educación de la Universidad de Huelva. Magíster en Estudios Culturales de la Universidad Nacional de Colombia. Más de diez años de experiencia en el diseño de ambientes de aprendizaje con uso de tecnologías e innovación pedagógica. Coordinadora de la Unidad de Diseño de Material Educativo Digital del Centro para la Excelencia Docente (Cedu) de la Universidad del Norte.

### **Manuel Moreno Slagter**

Arquitecto de la Universidad Autónoma del Caribe. Magíster en Medio Ambiente y Arquitectura Bioclimática de la Universidad Politécnica de Madrid. Fue decano fundador de la Escuela de Arquitectura, Urbanismo y Diseño de la Universidad del Norte, y actualmente es docente del Departamento de Arquitectura y Urbanismo. Escribe desde hace diez años una columna semanal en el diario El Heraldo.



## CONTENIDO

Presentación / Prólogo.....	7
Luz Karime Santodomingo	
Experiencias de enseñanza en tiempos de pandemia: narración de una historia inacabada.....	11
Jenny Patricia Acevedo	
Camajorú .....	21
Sergio Álvarez Uribe	
Cuando la distopía tocó a mi puerta .....	25
María Alejandra Arias	
Agradecimiento incómodo .....	31
María José Anaya	
The Onset .....	35
Angela Bailey	

Un mundo desconocido.....	41
Viviana Beleño Fontalvo	
Pantallas.....	47
Alana Farrah Roa	
Náufraga .....	53
María González Lima	
Sin aviso y sin protesta .....	59
Yanucelly Guariguata Birriel	
Nuestra capacidad de adaptación.....	63
Elianis Hurtado Polo	
Sin título .....	69
Henar Lanza González	
Los miedos más allá del virus .....	71
Jahir Lombana Coy	
Malabarista .....	79
Edna Manotas Salcedo	
Ya falta menos.....	85
Manuel Moreno Slagter	
La directora.....	91
Autores y autoras.....	
	92



Esta obra se editó en Barranquilla por  
Editorial Universidad del Norte en octubre de 2024.  
Se compuso en Palatino Linotype, Open Sans y Cooper Black.



Este libro recoge las experiencias sobre el Covid-19 de catorce trabajadores de la Universidad del Norte. Son historias de vida en cuarentena de docentes, directivas, secretarias y administrativos, contadas de manera muy libre: algunas como cuento, como crónica o como reflexión de vida. *De puertas para adentro* fue una iniciativa del Centro de Escritura ECO, la Editorial Uninorte y la Oficina de Bienestar Organizacional. Participaron en este libro Jenny Acevedo Rincón, Sergio Álvarez Uribe, María Alejandra Arias, María José Anaya, Angela Bailey, Viviana Beleño Fontalvo, Alana Farrah Roa, María González Lima, Yanuacelly Guariguata Birriel, Elianis Hurtado Polo, Henar Lanza González, Jahir Lombana Coy, Edna Manotas Salcedo y Manuel Moreno Slagter.



Vigilada Mineducación